

## Los buenos negocios

Adrián Restrepo Parra

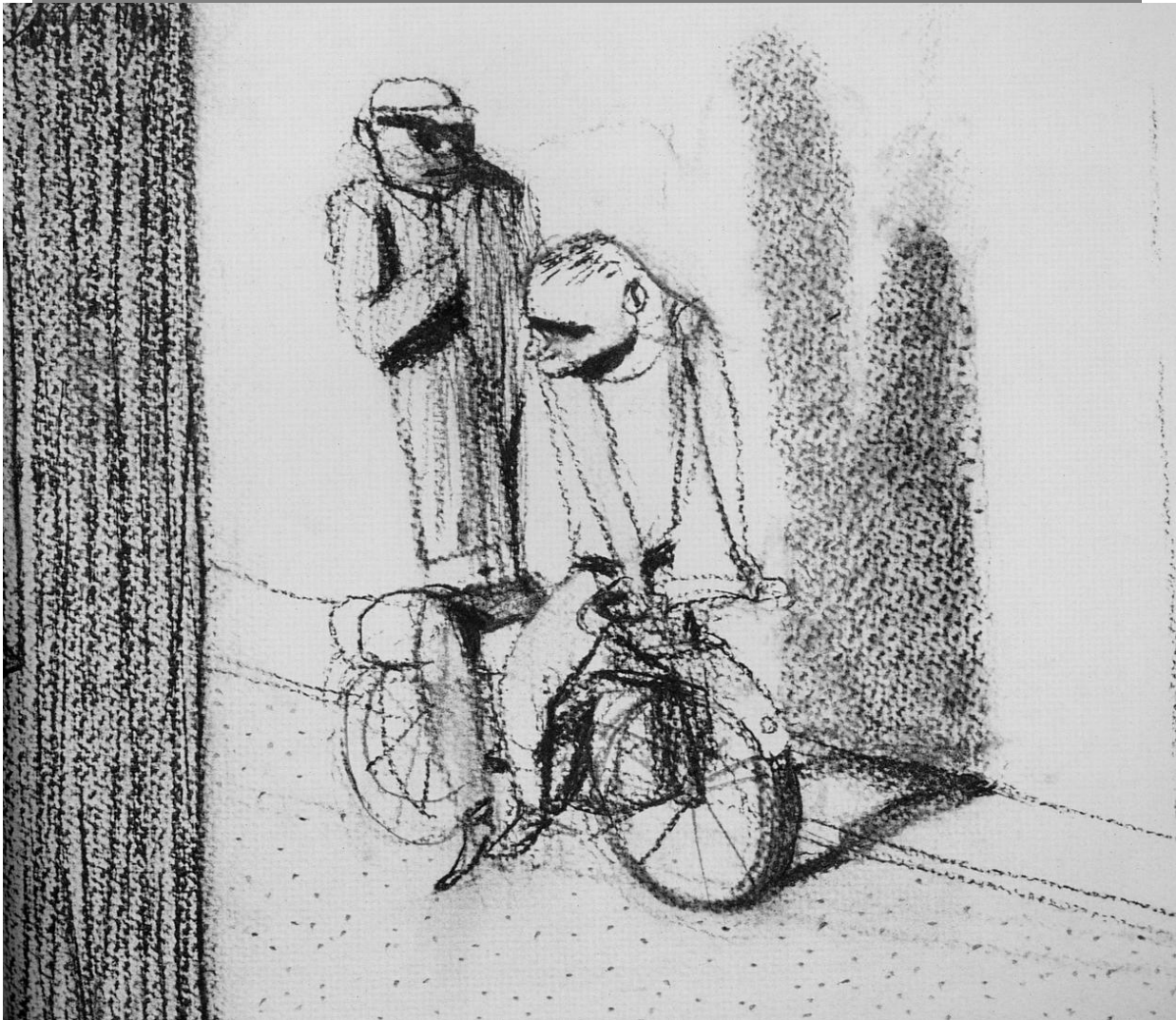
Comúnmente, el establecimiento y crecimiento de emporios empresariales no se asocia con la consolidación de redes del narcotráfico con alcance internacional. Tradicionalmente, hemos entendido que estos dos sectores son más bien opuestos y, de tener algo en común, sería su contradicción profunda en los valores y prácticas que cada uno, muy a su estilo, representa para la sociedad: legalidad el primero e ilegalidad el segundo.

Sin embargo, la distancia entre empresa y narcotráfico tiende a reducirse si lanzamos una mirada a la cultura típica de los negocios empresariales, estableciendo algunos parámetros de identidad entre empresa y narcotráfico, para comprender el surgimiento y la consolidación de una cultura mafiosa con una clara tendencia al *empresarismo*, ese riesgoso negocio de obtener ganancia *per se*, con legalidad

y sin ella, siguiendo en la vida práctica las consignas de las llamadas leyes del mercado.

En esa medida, los negocios más rentables son aquellos que entran y salen de la legalidad (o tuercen esa legalidad a su favor) porque tales giros reportan ganancia. Es decir, el negocio se rige por sus propias leyes, las del mercado, y menos por las leyes del Estado: la idea es ganar y hacerlo a toda costa.

En esta dirección, los narcotraficantes, por ejemplo, obtienen lucro en la ilegalidad pero no abandonan la legalidad como posibilidad para mimetizar y aumentar la ganancia. En esta dinámica también entran ciertos sectores empresariales legales que ven una oportunidad de incrementar la ganancia al incurrir en la ilegalidad, bien sea porque reciben los dineros de los narcotraficantes o bien porque transgreden abiertamente la ley para



Germán Londoño, *Los de la moto*, carboncillo sobre papel, 40 x 56 cm, 2000.

mantener el negocio, como acontece con el problema ecológico, donde los costos por contaminar, representados en las sanciones impuestas por el Estado resultan menores, comparados con las ganancias que produce mantener el negocio.

Situaciones como estas expresan la consolidación de un empresarismo mafioso que es incapaz de limitar y,

menos aún, de renunciar a la ganancia, imponiéndose así el precepto mafioso de generar beneficios privados a toda costa. Este empresarismo, de corte internacional y más evidente con la globalización, tiene recepción en Colombia y asiento particular en Antioquia, gracias a la tradición de la cultura paisa que exalta la figura del *buen negociante*, ese personaje que siempre gana y que, por lo general, lo

hace a costa de los otros. El buen negociante paisa es un ladino que no tiene mayores inconvenientes en entrar y salir de la legalidad, siempre y cuando tal movimiento reporte ganancia. Por ello, quizás, no es gratuito que en otras regiones del país denominen a los estafadores como paisas.

Los buenos negociantes pueden llegar a ser tanto narcotraficantes como empresarios, o constituir, como actualmente sucede, un híbrido entre ambos, o sea el empresarismo mafioso, cruce que expresa la combinación entre prácticas culturales locales de realización de negocios y los valores y prácticas de un mundo global que vanagloria al mercado y a la empresa como la panacea. El empresario propio de este empresarismo mafioso, que se resiste a las intervenciones del Estado en el mercado, está ávido por hacer negocios y para ello acude al medio moderno para producir, conservar y, en especial, aumentar las ganancias: la empresa, una forma de organizar el trabajo para que sea altamente productivo y rentable. El empresarismo mafioso es la versión moderna del buen

negociante que, además de ser sagaz, cuenta a su favor con el conocimiento actual sobre la producción en masa para hacer los negocios altamente rentables.

Un ejemplo local del empresarismo mafioso es la denominada Oficina de Envigado. Es bastante llamativo que una de las organizaciones criminales más temida en la región utilice el sustantivo de oficina para sugerir el tipo de actividad que desarrolla. Inicialmente podría pensarse que tal denominación es una especie de sarcasmo —y quizás lo sea— de los narcotraficantes contra quienes acostumbran a diferenciarse de ellos al esgrimir que tienen un trabajo legal, honrado y de estatus.

Más allá de la ironía, lo cierto es que las llamadas oficinas (en plural porque en los barrios existen varias, según la presencia de grupos criminales) son los espacios donde los criminales organizan sus negocios, dan órdenes y acumulan las ganancias. La oficina, en esta situación, equivale a decir que el crimen es una forma de “trabajo”

organizado que requiere cierto grado de institucionalidad, especialmente cuando el negocio crece y diversifica las fuentes de lucro, al punto de convertirse en una especie de *holding* de empresas. Estas oficinas administran negocios tanto legales como ilegales, que no podrían sobrellevarse como negocios modernos si no fuera, por un lado, por la estructura empresarial que los soporta; y, por el otro, por el sistema de seguridad armada del que están dotados para disminuir la incertidumbre sobre las ganancias. Aprendieron que la plata adquirida ilícitamente podía camuflarse como economía legal y, luego, aprendieron rápidamente que a la vez podían aumentar la ganancia haciendo negocios legales.

Sin embargo, en el análisis del empresarismo mafioso, la cuestión no es sólo que los narcos hayan aprendido a ser empresarios siguiendo los preceptos del buen negociante y los principios del mercado, sino que también algunos empresarios no han tenido reparos en actuar como mafiosos con tal de incrementar las

ganancias *per se* de sus negocios. Al respecto, resulta bastante ilustrativa la reciente situación mundial sobre la crisis de los alimentos: mientras miles de personas mueren de hambre por no poder comprar alimentos costosos, simultáneamente una élite empresarial aumenta sus ganancias, bien porque especula con los precios (que hace más costosos los alimentos) o bien porque vende la comida para hacer biocombustibles, que son económicamente más rentables para el negocio. Que la gente muera de hambre (o a bala, porque la guerra también puede ser vista como negocio) es una oportunidad para que la empresa crezca y, así, aumente la ganancia.

En Colombia no han faltado los analistas de mercado que ven en la hambruna una oportunidad para que los empresarios colombianos hagan un buen negocio al invertir en el campo y, así, suplir la demanda por comida a nivel internacional; por supuesto, esto pasará siempre y cuando el negocio de los combustibles lo permitan: es decir, las leyes del mercado decidirán.

Este empresarismo mafioso, que parece no conocer límites a la hora de actuar, nos recuerda una necesidad que justamente el mercado persiste en negar: para salvaguardar la vida, es necesario que el Estado intervenga en

la economía y que los ciudadanos hagan de esa acción estatal una exigencia.

**Adrián Restrepo Parra** es docente del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia y miembro del grupo UreA.